

Posar desnuda en La Habana

Diario apócrifo de la ínsula

Guillermo Vega Zaragoza

El escritor no elige sus obsesiones sino las obsesiones escogen al escritor, y una vez que esto ha sucedido, debe ser fiel a ellas a riesgo de decepcionarlas y decepcionarse a sí mismo. La gran obsesión de Anaïs Nin (1903-1977) fue ella misma. De ello ha quedado amplio testimonio a través de su monumental diario, donde registró, desde su infancia hasta el final de su vida, prácticamente todo lo que le acontecía: hechos nimios y trascendentes, emociones, pensamientos, reflexiones, fantasías, temores y deseos recónditos.

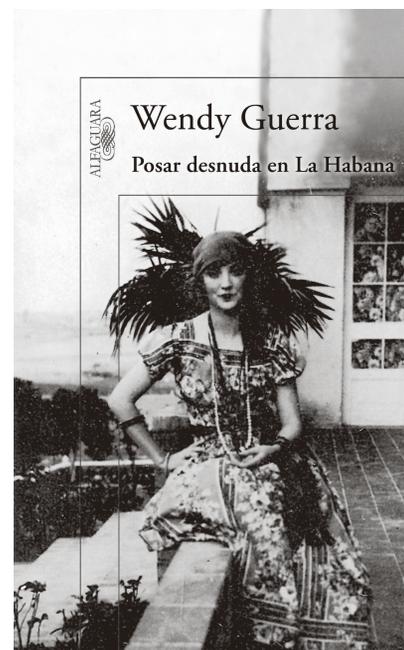
El resplandor de los quince volúmenes publicados de su *Diario* (incluyendo las versiones originales, las inexpurgadas y los tempranos) siguen opacando el resto de su obra —mucho de la cual fue entresacada de los mismos cuadernos y trabajada para darle la forma de ficción—, al grado de que casi nadie recuerda el nombre de esos otros libros: *Invierno de artificios*, *La casa del incesto*, *Hijos del albatros*, *Corazón cuarteado*, *Una espía en la casa del amor* y *La seducción del minotauro*, entre varios más. Mejor suerte han corrido sus libros de relatos eróticos *Delta de Venus* y *Pájaros de fuego*.

Sin embargo, la escritura compulsiva y disciplinada en sus cuadernos no tenía en Anaïs Nin mayor ambición de trascendencia —por lo menos al inicio— que el de explorar su propia experiencia vital y verterla a través de las palabras, y sobre todo, suplir un vacío: el del padre ausente. Cada página de su diario es una desagarrada y tierna carta a Joaquín Nin, el hombre que abandonó a su familia cuando ella tenía once años y cuya falta pudo superar hasta que fue adulta y se reencontró con él, consumando una perturbadora transgresión que daría a conocer hasta mucho después a través del volumen *Incesto. Diario amoroso (1932-1934)*.

No es raro que la vida y los diarios de Anaïs Nin provoquen tanta fascinación en los lectores, algunos de ellos llegan a desarrollar una verdadera obsesión. Ha sido el caso de la escritora cubana Wendy Guerra (1970), quien acaba de publicar *Posar desnuda en La Habana*, suerte de diario apócrifo de Anaïs Nin, que abarca de los diecinueve a los veinte años, periodo en el que la joven regresa a Cuba, donde se reencontra con su familia materna, luego de haber vivido en Barcelona y Nueva York.

No parece ser casual la fascinación de Wendy Guerra por Anaïs Nin. Su primera novela, *Todos se van*, ganadora del I Premio de Novela Bruguera 2006, es una ficción autobiográfica armada en forma de diario (de hecho dividida en dos partes: “Diario de infancia” y “Diario de adolescencia”, exactamente como los de Anaïs Nin). Es ella misma recuperada en los cuadernos que creía perdidos en casa de su madre afectada por el Alzheimer. Sobre el proceso de escribir diarios, Guerra ha dicho: “No puedo separar mi vida del Diario, la literatura de la vida, los personajes de mí. Es como quien dice pasar del calor al frío sin estaciones intermedias. Las herramientas humanas con las que trabajo son: mi propia vida y todos mis afectos, lágrimas, deseo, sexo, miedo, piedad, dolor, ira, abandono”.

Wendy Guerra —que además es poeta y ha escrito otra novela *Nunca fui primera dama*— se dio a la tarea de rastrear el itinerario cubano de Anaïs como si se tratara del de alguien de su familia. Visitó lugares ya inexistentes, rastreó registros de nacimiento y defunción, entrevistó a parientes y conocidos aún vivos. Cuenta que durante la pesquisa, en una de las tantas oficinas que visitó indagando por su supuesta “bisabuela materna”, una mujer le dijo que era



“igualita” a la autora. El asunto es que “la señora ni había leído sus diarios ni había visto foto alguna que le mostrara los hermosos ojos de Anaïs”.

Así, intercalando extractos de los verdaderos diarios de Anaïs con sus propias invenciones, imaginando qué era lo que pensaba y experimentaba esa joven enferma, de la que ya se vislumbraba una descollante belleza, que estaba próxima a casarse con Hugo Guiler, pero que seguía añorando al padre ausente, Wendy Guerra logra recrear con extraordinaria precisión la voz literaria de una joven mujer agobiada por su propia situación existencial, pero fascinada por un país, por esa ínsula con la que se identifica y siente suya, en la que se siente libre y rebosante de entusiasmo, donde quiere ver todo, vivir todo, experimentar todo y verterlo en su cuaderno.

“Cuba, Padre y Diario son la misma trampa, aquí se trenza el carácter del primer diario no expurgado de la pequeña Anaïs. Es ésta la razón por la que me lancé a las calles de La Habana, ansiaba averiguar lo que, por décadas, investigadores, artistas, curiosos y fanáticos de la autora han intentado encontrar”, dice Guerra. Y lo que encontró es un homenaje y un acto de amor a la vida y la literatura. Y una rendición de cuentas a las obsesiones que embargan a los grandes escritores. ■

Wendy Guerra, *Posar desnuda en La Habana*, Alfaguara, México, 204 pp.